

ECO DEL SEGURO

AÑO. VIII.

CIEZA 26 MAYO DE 1912.

NÚM. 367.

La villa de Cieza Y SU COMARCA

V

La fecundidad en los cultivos agrícolas

Pasemos por alto al de las tierras de secano, que fuera de algún olivar y agonizante viña, están comunmente dedicadas á cereales, labores que no difieren en nada de las reglas y costumbres corrientes en la región: sembrar, cuando las lluvias otoñales no fallan, que suelen hacerlo, como en el presente año agrícola; esperar del cielo la gracia de las sucesivas, con frecuentes y desesperantes impacencias y necesidad: ver desfallecer lentamente los sembreros por falta de la conveniente humedad, que los espigollos de las raíces no encuentran en el suelo con sus afanosas succionas ni sus tallos en la atmósfera, aunque se retuercen con los estertores de su respiración anhelosa implorando el auxilio de la Providencia, y trocándose su verde y tierna frescura en el triste hábito gris de sus pesares, acaba con la pálida rigidez de la muerte, que da fin á su existencia, entre el llanto y duelo del pobre y afligido labrador lamentándose de su desgracia; ó recolectar lo que á la naturaleza cupo concederle, con las fatigas y sudores de sus rudas tareas; y saliendo de tanta triesteza, fijémonos ligeramente en los cultivos y producciones de las fértiles vegas que formó el río Seguro, y ampliaron los hombres, que con su permanente corriente abunda, beneficia y riega; llamándonos la atención que el genio agricultor del pueblo árabe, en lo antiguo, y la apatía y desidia de los que le sucedieron, no hayan acanalado las aguas, para fertilizar también esas grandes llanuras ó campos, que tradicionalmente están convertidos en estériles páramos ó sequerales, elevados sobre los peligros de las avenidas y casi despoblados, cuando nuestros sentidos, que rara vez nos engañan, aprecian que la mejora pudo hacerse con relativa facilidad y economía, con un poco espíritu de asociación; en contraposición con otros esfuerzos coronados por el éxito, aun valiéndose de medios mecánicos para la elevación de las aguas, de otros colindantes pueblos, donde el cultivo ya se extiende á las más altas regiones aun de pequeña extensión, y suben el hermoso líquido, por tan artificiales y costosos medios, á las cumbres de sus cerros, planeando sus laderas con hormas y muros, forjando balates, paratas y bancales escalonados, para sembrar y plantar, llegando hasta los muros de la mansión de los muertos, por

falta de otros terrenos, en su asombrosa actividad y deseo de lucro.

¡Qué hermosas y encantadoras son estas vegas en conjunto, encallejadas y expandidas entre los precipicios y acantilados y en los vientres de sus laderas, surcando su centro ó tocando sus extremos esa mancha corriente del río, que cual anterior principal va esparciendo su fertilizante sangre por tantos brazales y acequias como su masa surge, para reponer las pérdidas de substancias con sus tartáricos sedimentos y dar vida y fertilidad á la vegetación de los cultivos y aun aumentando su densidad y fondo con los excesos, cual grasas de reserva!

¡Qué bien se aprecian y sienten y adivinan en sus frondosas y exuberantes plantas todas las fases de la vida y misterios del vegetal, que el Supremo Creador le trazara para sus altos fines, por las que no podemos pasar sin contemplarlas y admirarlas!

¡Qué alegría y esperanza despierta en el cultivador el depósito de las semillas en el terreno abonado y dispuesto para recibir las con amorosa predisposición y la tranquila seguridad de regarlas á su tiempo y á su voluntad y contar con los demás elementos necesarios para sus cuidados y desenvolvimientos!

¡Con qué afán y ansiedad se enternece la semilla depositada en tan benéficas condiciones y absorbe los primeros jugos lácteos que en misma sabia disposición se facilita, cual criatura que nace á la vida y necesita ser nutrida á espaldas del pecho materno, y con qué integridad se los asimila, determinando el despertar del rezo en el embrionario emballerio para formar la raíz y alimentarse y vivir por su cuenta propia de las abundantes substancias que el suelo le proporciona, y cómo se arranca á su vez el rudimentario tallo de la plúmula, que con avidez sale á la superficie para formar el cuerpo del vegetal, en admirable concordia y correspondencia, aun que parezca repudia, por el núcleo común del nudo vital, y crece y crece, por la integridad de todo su perfecto organismo con las energías de la juventud, y pasando normalmente de la infancia á la pubertad, ya en el apogeo de su virilidad, se apresta á la fecundación y reproducción, hasta que transcurridas las fases trazadas á su vida, fenecen, como toda existencia individual!

¡Ah! La fecundación y reproducción de las plantas, son funciones tan portentosas y están tan sabiamente dispuestas, que nos parece ofender también á la creación sino realizáramos su obra valiéndonos de las figuras pro-

pias á su vulgar comprensión y á su natural esencia, con la vista en alto y el sentimiento del espíritu!

¡Qué asombrosa predisposición toma la Naturaleza para iniciar y prepararse á esa sublime fase de reproducir la especie!

¡Cómo se perfuma y engalana para realizar el misterio de la concepción! ¡Cómo sus efavios trascienden al ambiente, cual incienso celestial quemado por los ángeles en aras de la Divinidad para el mayor realce y pureza de tan solemne acto, esparcido con los vientos de la brisa primaveral, santificado con la aspersión de la bendita agua del rosario y amonizado con los trinos y gorjeos de las aves, especialmente de ruiseñor que parece convocado de propósito, como trovador modelo de amores!

Fijaos en la flor hembra, y en ella vereis el ingenuo coquetismo del sexo, vistiéndola sus mejores galas, adornada con los ropajes más llamativos, perfumada con las más ricas esencias, para llamar la atención del macho y excitándolo con tanto encanto y seducción, con su invisible fluido y ondas de atracción, recostada pausadamente en el dispuesto receptáculo del verticilo de su llamativa flor, á modo de lecho nupcial, envuelta con las cubiertas y enojos de sus pétalos y sépalos, suspirando con el estigma predispuesto, húmedo y excitado por sus atiborrados jugos y admirado el despertar del macho, también con su traje de boda y perfumada piel, la disposición de su filamento, la abertura de su antera y el lanzamiento del polen, que cual polvillo sutil, en microscópicos gránulos, acude al reclamo y vá en busca de aquella, valiéndose de trazas y medios, directos ó indirectos, según la condición y circunstancias, hasta lograr posarse sobre su regazo, y allí en cariñosa y amorosa conjunción se adivina la consumación del sublime acto; pues dilatada, con la anotada humedad, al contacto con el estigma, cada esferita polínica rompe su cubierta exterior, quebradiza y frágil, y por su abertura deja salir la más interna, de suave elasticidad, que alargándose forma un tubo. Hamado así mismo polínico, cuya intromisión en el esponjado estigma produce el máximo de dilatación hasta abrirse también y dar lugar al lanzamiento de la fovilla, ó esencia substancial generativa vegetal, que fecunda el ovario; y fijaos, por fin, en los efectos de toda natural necesidad satisfecha, armoniosa y santamente, pura y limpia de toda pasión y vereis mustiarse y desaparecer rápidamente todos los envoltorios y galas y aparecer lentamente la laboriosa gestación con el desarrollo del fruto

consecuencia de la fecundación del ovario, que, en la madurez, nos ofrece prodigiosa vegetación, y aun le quedan semillas, con las abstracciones, que encerradas y defendidas contra las maléficas influencias, con su previsión, han de servir para perpetuar la especie cumpliendo la divina ley de la Naturaleza.

G. ÁSENSIO.

AUTOBIOGRAFÍAS

De autores cómicos.

X

Emilio Sánchez Pastor

¡Yo mi retrato!
¡Vaya un empeño!
¿Quién es el mundo
se ve por dentro?
¿Quién da á la estampa
sin ningún yerro,
su vera elige
con sus defectos?
¿Pues no es el hombre
un ser tan ciego,
que en su ojo mismo
no ve un madero,
según afirma
sagrado texto?
¡Y yo no dudo
del Evangelio!

Tengo la fama
de ser muy serio,
y es para muchos
grave defecto.
Yo bien quisiera
mostrar contento
y estar alegre;
pero no puedo.
Parece un día
que se me ha muerto
algún cercano
querido dudo.
Otro, parece
que algún suceso
desagradable
me pone tórico.
Y otro, se juzga
que estoy sufriendo
dolor agudo
del mal acervo.
Si esto se añade
que apenas veo,
cuando los lentes
no llevo puestos,
y me saludan
y no contesto,
y me sonrían
y sigo serio,
bien se comprende
que doy pretexto
para que crean

